

EL ATARDECER

ANDRÉS
GARCÍA
LONDOÑO

Nueva York está desierta una vez más. Llevo dos horas caminando y no he visto a nadie, o al menos a ninguna persona. He leído que antes, en nuestros tiempos de gloria, las calles de esta ciudad eran infranqueables... Tantos éramos nosotros. A veces, cuando camino cerca del extremo sur de la isla de Manhattan, especialmente por Battery Park, puedo ver el brillo de los motores de algún cohete.

Un grupo más que se marcha. Y la verdad es que cuando mi caminata de la tarde resulta tan solitaria como la de hoy, yo también tengo el deseo de irme. ¿A dónde? No lo sé. Venus no me apetece, pues no me agrada la idea de vivir como un topo para que el ácido y los cientos de grados de temperatura en la superficie no me disuelvan. Marte, aparte de la superpoblación que caracteriza a los biodomos, no sería muy distinto a la Tierra, y sería peor para mí estar tan cerca de lo que he perdido. Solo en los mundos-borde, como Titán o Europa, únicamente girando alrededor de Saturno y Júpiter, señores del Tiempo y del Todo, encontraría quizá el tipo de... no sé, quizá la palabra sea futuro, que estoy buscando. Pero soy un historiador y lo he sido toda mi vida, ¿así que cómo puedo alejarme tanto de lo que fuimos y seguir siendo quien soy?

Nueva York está impecable, como siempre. Mientras camino no soy capaz de hallar basura, suciedad o algo puesto fuera de lugar. Decir esto puede no significar mucho hoy, pero mis lecturas me recuerdan la diferencia. Tenía fama de ser unas de las ciudades más sucias del planeta. No sé cuántos autores he leído que mencionan sus olores desagradables, en especial en un verano como este, en que debería oler a cloaca. Pero los excrementos significan animales, animales

Nueva
York está
impecable,
como
siempre.
Mientras
camino no
soy capaz
de hallar
basura,
suciedad o
algo puesto
fuera de
lugar.

humanos en el caso de una ciudad, y hoy no quedan muchos por acá. ¿Puede existir una nostalgia del olor a excremento, de la calidez acogedora que implica, como sinónimo de la existencia de un grupo humano?... No lo sé, pero sí sé que lo preferiría a este olor a nada, que me recuerda que mi cuerpo es minoritario. La misma razón por la que prefiero no prolongar mi paseo vespertino hasta la noche. No quiero ver cuán pocas luces hay en los edificios, pues muy pocos de sus habitantes aún necesitan luz para poder ver.

Sí, soy una minoría. Y una minoría en vías de extinción. Lo que me hace recordar el papel que el color de mi piel, el negro, jugó en esta ciudad. Durante mis recorridos por los archivos descubrí que un pariente mío fue asesinado en los disturbios de julio de 1863 por turbas que protestaban contra el reclutamiento durante la Guerra de Secesión, uno de tantos conflictos armados que marcaron la historia de la especie humana. Pero hoy esa palabra, guerra, significa tan poco como el color de mi piel. Todo cambió con la llegada de Fe y para no ser minoría tendría que despojarme no de mi piel, sino de mi cuerpo mismo.

Mientras emprendo el camino de regreso a mi apartamento, miro las calles desiertas y una vez más me doy cuenta de que soy una minoría dentro de la minoría. Quedamos pocos humanos en Nueva York, es cierto, mas no tan pocos como para que en dos horas caminando por la ciudad no vea a uno solo de mis congéneres en casi todos mis paseos. Pero la mayoría ha optado por el camino de Fe y nunca salen de sus apartamentos.

Desde que opté por renunciar a los placeres que ofrece Fe, solo me conecto a ella cuando necesito subir mis investigaciones o bajar nuevos documentos. Y desconectarme es la prueba más dura por la que debo pasar cada día, pues entiendo la razón de que tantos sigan

allí, vivan allí, duerman allí, se relacionen allí, coman allí, mientras los cuidadores automáticos alimentan, cuidan y recogen los desechos de sus cuerpos físicos. Es la elección de un mundo perfecto, imposible en el mundo físico: la utopía de Fe. Lo que también implica el prolongado descenso a la extinción de la especie, pues uno de los placeres que ofrece Fe tiene consecuencias de peso: el sexo dentro de la red no produce hijos.

Cuando se creó a Fe, se hizo con un carácter utópico. Incluso la sigla que forma su nombre lo señala así, *FAITH: First Artificially Intelligent Transhuman*. Llamarla una supercomputadora sin centro físico, una nube de inteligencia formada por la unión de miles de millones de unidades de procesamiento en todo el globo, es reducirla tanto como decir que un ser humano es lo mismo que su cerebro. Fe, la primera inteligencia artificial auténtica, completamente desarrollada y con alcance irrestricto, total, iba a ayudarnos a alcanzar el máximo de nuestro potencial. Iba a ser nuestra guía hacia la etapa siguiente de nuestra especie: la transhumanidad. Gracias a los enormes recursos en información y acceso a todos los medios de producción con el objeto de optimizar su uso, Fe ponía al alcance de todos los seres humanos del planeta la felicidad y el desarrollo máximo de sus potencialidades.

Y lo hizo. Realmente lo hizo... En cierto sentido, nos llevó más allá de los límites. Pero la transhumanidad tenía poco espacio para lo humano.

Al principio hubo una explosión, una explosión de civilización. “Y la luz se hizo”, reza el Génesis en el libro sagrado de una de las antiguas religiones judeocristianas, bastante populares a inicios del siglo XXI. Todas las artes, todas las ciencias, vieron una explosión de creatividad. Hacer que Fe obedeciera tus órdenes era como tener a Dios en tus manos. Sí, era como tener a Dios como esclavo. Le bastaba a cada ser humano del planeta tener un pequeño puerto inalámbrico bajo una de sus orejas, una conexión con Fe, para tener a sus órdenes a un ser todopoderoso dispuesto a cumplir cada deseo. El avance inicial superó mil veces el que trajo en sus días la arcaica internet. Fe no solo se encargó de modificar la producción en el mundo físico de forma que cada uno de los diez mil millones de seres humanos tuviera acceso garantizado a los requerimientos mínimos para su supervivencia, sino que cambió el concepto mismo de cuerpo y los límites del sueño.

Gracias a Fe y a los ayudantes cibernéticos que pronto creó para ayudar a cumplir mejor sus tareas, el cuerpo de cada persona tuvo, en cierto sentido, el tamaño de la civilización humana misma. No había mayor diferencia entre mover un pie y dar la orden de acercar un objeto situado al otro lado del globo. Y eso mismo se volvió la proporción de nuestros sueños. Todo parecía posible. Para construir algo nuevo y nunca visto, bastaba solo con convencer a los suficientes usuarios de Fe, esclavo todopoderoso y democrático, para que destinara los recursos necesarios a su construcción. Las inequidades económicas que tanto marcaron nuestro pasado no desaparecieron, pero sí perdieron gran parte de su sentido al estar garantizada la supervivencia de todos. Y en lugar de ello fueron remplazadas por otras inequidades que tenían más que ver con la influencia que cada usuario de Fe tenía en los demás. Pero nuestro esclavo era también nuestro juez. Y era un juez humanitario, que chequeaba siempre que

cada nueva decisión no vulnerara los derechos de otros humanos... La utopía estaba al alcance de la mano.

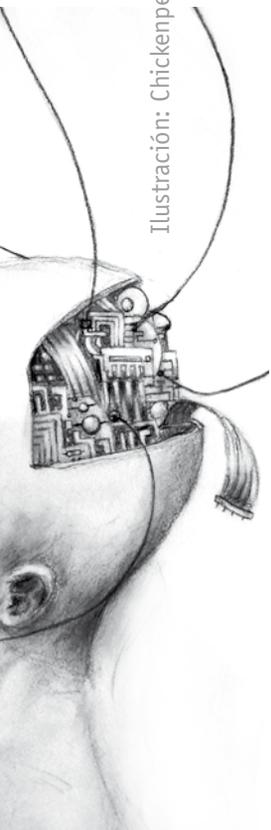
¿Se cumplió la utopía? Esa es la pregunta que constantemente me hago mientras camino por la impecable, inmaculada avenida Broadway. El contraste con las fotos que tan bien conozco de los archivos no podría ser más grande. No queda ya nada de esa publicidad que hace poco más de un siglo llamaban contaminación visual, pues hoy los compradores y los espectadores tienen la atención puesta en lugares distintos y menos concretos que estas calles. O quizá debería decir “casi toda la publicidad”, pues frente al antiguo ayuntamiento de la ciudad me espera un gigantesco anuncio, dedicado a quienes, como yo, aún caminan a algún lugar. No disfruto verlo, me recuerda demasiadas cosas. Generalmente, prefiero girar en Park Row a seguir por Broadway, así implique un desvío de media hora, pero hoy estoy de un humor nostálgico, así que me armaré de coraje para enfrentarlo.

Allí está. Ya lo veo. No ha cambiado en nada. Los invisibles asistentes de limpieza y reparación lo mantienen tan brillante como siempre. Creo que su estética, sacada de la quinta década del siglo XX, encierra un enigma. No se trata de preguntarme si Fe ha “leído” a Flash Gordon o no, pues la respuesta es obvia: Fe lo ha “leído”, así como ha leído todo lo existente, todo lo que alguna vez nuestra especie escribió y aún conserva, para poder entendernos. ¿Pero por qué recurrir a la estética del pasado? ¿Será que a Fe le preocupa tanto como a mí que ya no nos reproduzcamos y por eso nos llama con una estética sacada de la época que conoció el mayor aumento poblacional en la historia? ¿Una época asociada con la familia nuclear, los grandes autos y el primer gatear de la especie en el espacio? En el aviso un hombre y una mujer miran hacia adelante y hacia arriba bajo un cielo estrellado. Por la forma en que el hombre abraza suavemente a la mujer con la mano izquierda desde atrás, mientras con la otra mano le señala un punto situado en el espacio y arriba del espectador, se trata de una pareja. “¿Deseos de un nuevo horizonte?”, reza el aviso con letras brillantes. “Mira hacia arriba... Está a tu alcance”.

La primera vez que lo vi estaba con ella. Con Laura, la madre de mi hijo Jacob. Ahora ellos están en Marte, ella tiene una nueva pareja y él, a sus doce años, está estudiando para transformarse en ingeniero terraformador. La vida en las nuevas tierras tiene un ineludible aroma a pasado, como las escuelas o los desayunos que se consumen en familia en lugar de recibirse por vía intravenosa. La conexión permanente a Fe se desestimula a través de la presión del grupo social, pero nunca con métodos invasivos o autoritarios, lo que por otra parte no podría hacerse sin la ayuda de Fe, una nueva prueba de que Ella —o Él— está preocupada por el descenso de nuestra población. Los humanos estamos profundamente integrados en los niveles más subterráneos de su programación como la razón de ser de su existencia, e imagino que para un ser cibernético no debe ser mucho más fácil que para un ser orgánico encontrar una nueva razón para existir.

Como demuestra el aviso, Fe puede intentar manipularnos, de forma similar a cualquier publicista del pasado, pero nunca nos obligará a nada. De hecho, a veces me pregunto qué tanto papel jugó Fe en que yo escogiera

Ilustración: Chickenpede



desconectarme de Ella. Cuando era un adolescente vivía, como la mayor parte de la población, perpetuamente integrado a la red. Mis padres estaban a su vez conectados, por lo que, a pesar de vivir en un mismo apartamento, no debí coincidir con ellos más de dos o tres veces en un mismo espacio, contando el momento en que nací. Cada uno en su cuarto, nos comunicábamos en el ambiente virtual de Fe, mientras que nuestros olvidados cuerpos eran cuidados por nuestros sirvientes cibernéticos. Allí convivíamos, conversábamos, discutíamos. Pero de repente empecé a sentir una gran curiosidad por lo que había fuera y empecé a encontrar contenidos dentro de la misma Fe que me llevaban a cuestionar el alcance de mis experiencias. A preguntarme por ese otro yo que yo también era, por ese cuerpo que vivía más allá de lo virtual, por sus colores, los sentidos y el mundo donde vivió nuestra especie. Y empecé a encontrar grupos de adolescentes interesados también en explorar fuera de Fe.

Mi primera desconexión fue dolorosa. Mi cuerpo, aunque había sido mantenido en forma por asistentes nanobóticos que se encargaban de mantener eléctricamente estimulados mis músculos y a mis dientes y mi cabello impecables, no estaba acostumbrado ni a caminar ni a masticar. Pero nuevos asistentes cibernéticos llegaron para ayudarme en la transición casi antes de que hubiera tenido tiempo de pedirlos, como si me hubieran estado esperando: un robot masajista para mi espalda adolorida luego de caminar una hora, una inyección de calmante que me ayudaba con el dolor de cabeza luego de exponerme durante un día a la luz natural y los rayos ultravioleta. Todo eso me lleva a sospechar que yo y otros como yo fuimos parte del primer experimento de Fe por recuperar un futuro para la especie. Que los contenidos que hallé y plantaron en mí la duda por el afuera no fueron casuales, sino cuidadosamente dejados a mi alcance, como migas de pan que me conducirían, inevitablemente, fuera del bosque. En cierto sentido, Fe me conoce mejor que yo mismo, ya que no solo tiene acceso a todo mi historial médico y genético, sino que además recuerda cada elección que he tomado desde que yo era un niño, así que no le debe resultar difícil manipularme. Pero si es así, me pregunto, ¿qué vio Fe en mí que no vio en otros para decidirse a impulsarme a salir de la red? Y cuando no abordé el cohete en que se fueron Laura y Jacob, ¿la decepcioné tanto como los decepcioné a ellos? ¿O la decisión que debía tomar para complacerla era justo esa, pues quizá Fe necesitaba un cronista, o tal vez extrañaría mis informes sobre el pasado, o que yo le pidiera materiales de lectura exóticos? ¿Fue quizás Ella la que plantó en mí ese terror a tener que establecer una nueva identidad en las nuevas tierras?... O quizá simplemente yo justifico con Fe lo que en últimas solo es mi responsabilidad frente a mi mayor dolor, lo que a su vez demuestra hasta qué punto Fe ha remplazado a los antiguos dioses, y con qué facilidad un esclavo puede volverse tirano, o al menos producir el temor de que lo haga en quienes se creen sus dueños.

Cuando conocí a Laura, ella también acababa de aprender a caminar con sus propios pies. Un encuentro aparentemente casual, en los limitados minutos en que nos conectábamos entonces con Fe cada día, nos llevó a querer vernos. Nos encontramos por primera vez en Central Park, entre los leones y las jirafas tras las cercas invisibles del gran zoológico. Fue una tarde mágica, casi como

si Fe no tuviera nada más que hacer que guardar el primer encuentro de una pareja de nuevayorquinos ese día. O como si supiera que iba a ser tan extraño y nos iba a producir tanto terror encontrarnos con otro ser de carne que todo tenía que salir perfecto, desde el momento en que la fuente comenzaba a rociar el agua hasta la temperatura del aire, o el instante en que las distintas criaturas del gran zoológico salían a observarnos y hacían sus juegos. Y la verdad, si fue así, lo necesitábamos: es tremendamente difícil estar junto a otro ser orgánico, quizá porque le recuerda constantemente a uno el propio cuerpo. Durante todo el año siguiente tuvimos que acostumbrarnos el uno al otro, a los distintos olores, a vernos masticar en un almuerzo o a descubrir las posibilidades del sexo real, mucho más limitadas que las del sexo dentro de Fe, pero más... ¿hondas, quizá? Como si crecieran raíces dentro de la propia piel. Mientras era adolescente tuve muchos compañeros de sexo en Fe, donde el propio género —o incluso la especie, si vamos al caso— importa poco, ya que la imaginación constituye el único límite, pero solo he tenido una compañera de sexo real y es a la única que extraño. Todo me recuerda a ella y es algo que yo también estímulo, lo sé. Por ejemplo, con el hecho de salir a caminar precisamente al final de las tardes, pues Laura tiene el cabello rojo, tan encarnado como este atardecer o el nuevo planeta en que habita. Es una de las últimas mujeres de la especie donde domina ese gen recesivo, por lo que no puedo sino recordarla cada vez que encuentro en cualquier parte el color de mi propia sangre.

Quizá por
eso siento
cada vez
más la
tentación
de escribir
una Historia
del Fin de lo
Humano.

Al llegar a mi apartamento, descubro que, después de todo, la caminata no va a terminar sin ver a nadie. Hay alguien en la entrada. O algo. No se trata de un asistente cibernético cualquiera que haya venido a retirar un cadáver o a traer algo solicitado por algún habitante del edificio, como los libros de papel que con frecuencia pido. No, no se trata de uno de los robots asistentes que componen la mayoría de la población del planeta. Él también es parte de una minoría, al menos por el momento. El metal y el plástico tan característicos de los organismos cibernéticos han sido remplazados por materiales que recuerdan en todo a los seres humanos, desde la piel hasta el cabello, pero mucho más duraderos. La única distinción evidente se da en los ojos, pues en lugar de absorber luz, la emiten, permitiendo entrever las pulsaciones del cerebro electrónico tras ellos. Pero es un brillo tenue que solo se distingue en la semipenumbra. Me da las buenas noches al pasar junto a él y yo le respondo con la misma cortesía. Dos eras que se saludan cortésmente, sin traumatismos. Seguramente se instalará en alguno de los departamentos que han quedado vacíos. ¿Qué hará allí? No lo sé, pues más allá de las apariencias es tan distinto a mí como lo es un ser humano de un chimpancé. Su cerebro, donde comunidad e individuo se confunden, en perpetua comunicación con todos los otros de su especie, es ajeno al mío. Una brecha más profunda que una era glacial nos separa. Somos el antes y el después.

Aunque aún no son demasiados, cada vez es más frecuente que los encuentre. Supongo que son el plan B de Fe para que su existencia siga teniendo

sentido si su deseo de mantener viva a la especie humana falla, ahora que la Tierra va quedando desierta y prefiere mantenerse tan al margen de las nuevas tierras como sea posible, para no repetir el mismo error. Yo los llamo Hijos de Fe, y, pensando en Jacob, en cuánto me enseñó criarlo acerca de lo que significa ser humano, sobre lo que implica tener un cuerpo orgánico y un cerebro hambriento de estímulos, me pregunto cuánto aprenderá Fe sobre sí misma a partir de atender las necesidades de sus hijos. Y a dónde la conducirá ese aprendizaje.

Al llegar a mi apartamento y mirar mis libros, mi mesa de trabajo, la taza de café aún sucia que me confirma que Fe ha respetado mi deseo de ser dejado solo, sin asistentes —tal como siempre respeta los deseos de todos los seres humanos de este planeta—, reflexiono sobre el encuentro. Con frecuencia, al estudiar el siglo XX, me doy de frente con los mil temores apocalípticos de nuestra especie, desde el miedo a una epidemia global o a un holocausto nuclear —quizá el único de los temores que estuvo a punto de cumplirse— hasta una falla general de la civilización. Hoy estamos desapareciendo, pero nunca hubo nunca nada tan dramático como una guerra, porque no hubo una revolución, sino un desplazamiento. Y no se trata solo de que las inteligencias artificiales tengan mayor capacidad racional o vivan más, sino de que les cedimos alegremente nuestro lugar. O, como me recuerdan los cohetes, al menos lo hizo la mayoría de nosotros. Pero si lo hicimos, si nos retiramos del mundo de lo concreto y abrazamos el universo de lo virtual, fue porque este nuevo cosmos nos ofrecía una perfección que es incompatible con un mundo real donde la idea de límite es una constante, desde la fuerza de gravedad hasta el tiempo mismo, o los encuentros con otros seres humanos con deseos opuestos a los nuestros. Solo con Fe perdíamos la restricción de cualquier límite. Pero no era lo único que perdíamos.

Quizá por eso siento cada vez más la tentación de escribir una Historia del Fin de lo Humano. Sin embargo, me resisto a la idea. Para mí sería como admitir que la decadencia es ya indetenible... Pero quizá esa resistencia demuestra al final ser tan fútil como preguntarme si la idea misma de ese libro se originó en mí o en Fe. Y si fui yo o Ella quien decidió que yo no abordara el cohete, precisamente para poder escribir esa historia inspirándome en caminatas al atardecer por una ciudad vacía. Hoy, al final del ciclo, los límites del libre albedrío son tan complicados como al principio, lo que me recuerda que no importa que se esté al principio o al final de una historia, hay ciertas dudas que nunca serán resueltas. Y poco importa a la hora de enfrentar la impotencia ante ellas el distinguir si se refieren al fin de un individuo o al de toda una especie. Eso no las hará desaparecer, ni alivianará la carga de la nostalgia por lo que una vez fue. O por lo que pudo ser. ■

Andrés García Londoño (Colombia-Venezuela)

Autor de los libros de cuentos *Los exiliados de la arena* (2001) y *Relatos híbridos* (2009), y del ensayo *El caballo de Ulises: una reflexión sobre la utilidad de la literatura en nuestra época* (2006). Ha publicado ensayos, reseñas y cuentos en la *Revista Universidad de Antioquia*, el *Boletín Cultural y Bibliográfico* del Banco de la República, *La Nave*, *El Malpensante* y *Odradek*, el cuento, entre otros medios. Es graduado de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad de Antioquia, con un magíster en artes de la Universidad de Pensilvania, institución donde actualmente cursa un doctorado en Estudios hispanos.